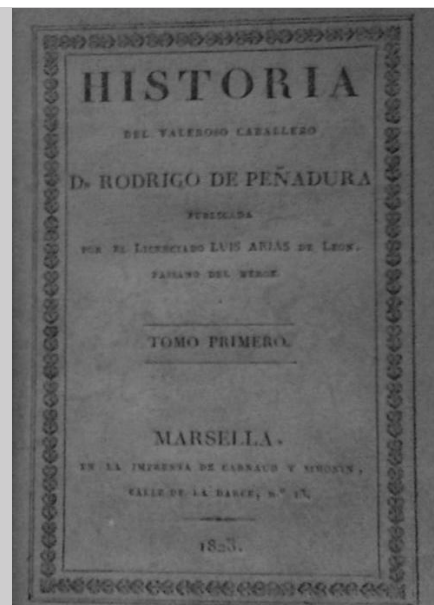


UN QUIJOTE LEONÉS DEL SIGLO XIX

LA HISTORIA DEL VALEROSO CABALLERO DON RODRIGO DE PEÑADURA DE LUIS ARIAS DE LEÓN

Luis Miguel Suárez Martínez



1. UNA NOVELA RODEADA DE ENIGMAS

En 1823 veía la luz una novela titulada *Historia del valeroso caballero Don Rodrigo de Peñadura*. Según se leía en la portada, su autor era el leonés –puesto que se proclamaba “paisano del héroe”– Luis Arias de León. El volumen se anunciaba como “tomo primero” y en el pie de imprenta figuraba como lugar de la impresión Marsella, “en la imprenta de Carnaud y Simonin”. Todos estos datos de la portada suscitan, sin embargo, múltiples interrogantes que todavía distan de estar por completo aclarados, entre otras razones porque la obra, a pesar de su indudable interés, ha sido hasta ahora poco estudiada¹. Para empezar, nada se sabe de Luis Arias de León por lo que, como ya señaló Miñambres (1988: V), se trata con toda probabilidad de un seudónimo. Nada seguro puede decirse tampoco de su tierra de origen, pues en el texto no hay ningún detalle claro del que se deduzca inequívocamente su cuna leonesa². Y si fingió su nombre bien pudo, como el apócrifo Avellaneda, fingir también su patria. Respecto a su condición de clérigo manifestada en el prólogo, dado el contexto humorístico y paródico en el que se produce, no parece que deba tomarse en serio³.

Problemático resulta asimismo el rótulo de “Tomo primero” que aparece en la portada original. Dado que la historia termina de forma abrupta, podría pensarse, en efecto, que está incompleta. Pero no se tiene noticia de que exista un segundo tomo, por lo que se ha discutido si se trata de un libro íntegro o mutilado, aunque la mayoría se suele inclinar por lo primero⁴. De todas formas, no es la única obra de la época de características semejantes anunciada como tomo primero que luego no tendría continuidad⁵. Podría pensarse que quizás su autor tuviese intención de publicarlo y por algún motivo que desconocemos finalmente no

quiso o no pudo llevarlo a cabo. En ello pudo influir tal vez el cambio de escenario político tras la restauración absolutista y la liquidación del régimen liberal, casi al mismo tiempo que vio la luz el primer tomo. Si, como ya señaló Cotarelo, la novela está dirigida “contra los liberales del año veinte” (1900: 16), desaparecidos estos del poder, tal vez perdió interés para su autor continuar su diatriba ideológica. Pero todo esto no deja de ser una mera hipótesis.

Asimismo puede resultar un tanto extraño su publicación en Marsella, que de ser cierta nos podría llevar a “pensar en uno de los frecuentes exilios políticos a la nación vecina a lo largo del primer cuarto de siglo”, según Miñambres (1988: V). No obstante, el título aparece consignado en dos repertorios bibliográficos franceses de la época, que confirman su lugar de impresión⁶; de manera que el pie de imprenta parece auténtico. En cuanto a la condición de exiliado de su autor, puesto que el libro manifiesta claramente su ideología absolutista y su crítica acerba de la situación política española durante el trienio liberal, no debe descartarse en absoluto. De hecho los datos históricos nos confirman la presencia de exiliados realistas⁷ durante el trienio liberal en el sur de Francia. No obstante, a falta de noticias más seguras, este como la mayoría de los datos comentados no deja de ser una conjetura. Por último, y para incrementar más las dudas sobre los datos de la portada, algunos ejemplares llevan la fecha de 1824⁸.

Así pues, son múltiples los enigmas que se ciernen sobre el autor de *La historia del valeroso caballero don Rodrigo de Peñadura*, a la que algunos han bautizado como el Quijote leonés. Y muy poco es, por el contrario, lo que puede deducirse de su personalidad, aparte de su ya señalada ideología absolutista, su extensa cultura⁹ y, como resulta obvio, su profundo

conocimiento del *Quijote*. Un conocimiento que pone al servicio de su credo político, según hemos tenido ocasión de ver. Este rasgo esencial vincula nuestra obra con otras del XIX que “amparadas en el patrón literario de la novela [el *Quijote*], critican de forma indisimuladamente hostil la herencia filosófica de la ilustración y la expansión del liberalismo en defensa de la ortodoxia religiosa sustentada por la Iglesia” (López Navia 2011: 495). A este grupo pertenecen títulos como *El liberal en Cádiz, o aventuras del abate Zamponi* (1814) de Fray Ramón Valvidares y Longo; *Don Papis de Bobadilla, o sea defensa del cristianismo y crítica de la pseudo-filosofía* (1829) de Rafael Crespo; *El Quijote del siglo XVIII o historia de la vida y hechos, aventuras y fazañas de Mr. Le-Grand* (1836) de Juan Francisco Siñeriz; o las *Aventuras de Rústico Di-Mas de Quincoces* (1844) de Trifón Muñoz y Soliva.

Entre ellas, como es lógico, existen algunas analogías, fruto de un patrón ideológico y literario común. Pero asimismo cada una de ellas muestra una asimilación diversa del *Quijote*¹⁰ y algunas diferencias de técnica literaria. Hablando en general de las múltiples imitaciones quijotescas se ha señalado que suelen resultar “de lectura casi siempre farragosa y de valor no pocas veces prescindible” (López Navia 2011: 495). No es el caso de la *Historia del valeroso caballero don Rodrigo de Peñadura*, que las supera en amenidad y en valor literario, según veremos.

2. ELEMENTOS QUIJOTESCOS EN LA HISTORIA DE DON RODRIGO DE PEÑADURA

Tanto Cotarelo en su discurso académico, hace más de un siglo, como Miñambres (1988 y 2007) y López Navia (2011) en época actual –los únicos, por cierto, que se han ocupado de la novela, aunque sea de forma breve– han esbozado ya los diversos aspectos en que se refleja la imitación cervantina en la historia del don Rodrigo de Peñadura. A los señalados por todos ellos, se pueden añadir otros pormenores que confirman el indudable propósito de no perder de vista nunca el modelo cervantino, en un continuo ejercicio de guiño cómplice al lector. En los apartados siguientes resumimos de manera ordenada esas resonancias.

2.1. *El tópico del manuscrito hallado*

El primer motivo que Arias de León toma del *Quijote* aparece ya en el prólogo. Allí se relata que un oficial francés, llamado M. Recherche –nombre, por cierto, parlante–, hombre muy culto y gran aficionado

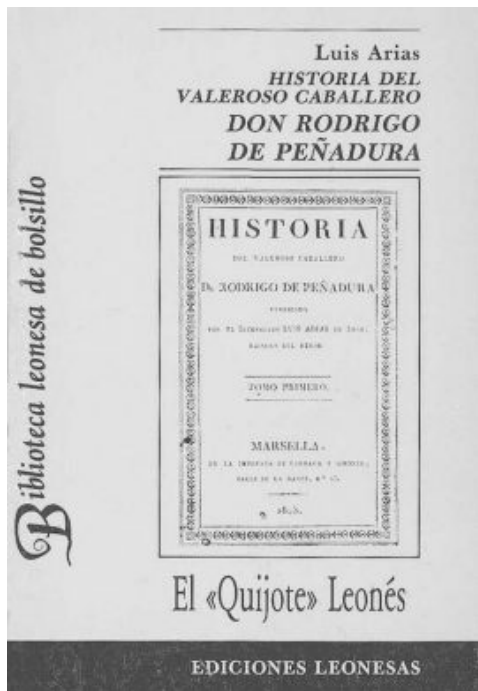
a la literatura española, visitando la estatua del Cid erigida por Carlos III en Burgos, halló, a principios de mayo del año de 1823, el manuscrito de la historia de don Rodrigo. Dicho original, escrito en mozárabe, es entregado al autor, paisano del héroe y antiguo beneficiado de la Capilla de los Reyes en Toledo¹¹, que se encarga de traducirlo. Se trata, pues, del célebre tópico del manuscrito hallado, parodiado por Cervantes mediante la invención del historiador árabe Cide Hamete Benengeli. Nuestro autor, parodiando a su vez, al mismo Cervantes, convierte el original escrito en árabe en uno escrito en mozárabe, detalle por completo incongruente, pues la narración está ambientada en una época contemporánea. Con todo, la diferencia fundamental respecto a su modelo es que el escritor leonés no continúa desarrollando la ficción del historiador original –del que nada se nos dice– en el resto del relato, al contrario de lo que hicieron tanto Cervantes como otros imitadores decimonónicos del *Quijote*¹². Si hay en cambio, como ya señaló López Navia (2011: 508), algunas referencias a fuentes pseudohistóricas, en este caso los “anales de León”¹³, paralelos a los anaales de La Mancha del *Quijote* (I, 2 y I, 52).

2.2. *Esquema argumental*

La novela de Arias de León cuenta la historia de un hidalgo leonés aficionado a leer a los filósofos ilustrados, con tanto ahínco que “a fuerza de pasar malas noches leyendo los delirios del contrato social y los disparates de que abundan las obra del filósofo de Ferney, se le llegó a reseca el cerebro hasta tal punto que los médicos declararon hallarse muy expuesto a un ataque de demencia” (p. 5). El ama y Roque Zambullo, un labrador vecino que cuida las tierras del hidalgo, tratan de convencerle de que inicie un viaje a Astorga para pasar una temporada con un sobrino canónigo, con la esperanza de que el cambio de aires y la privación de sus libros repongan su salud mental. Don Rodrigo, que recibe por entonces también la invitación de su sobrino, parte para Astorga acompañado de Roque, en lo que él considera una misión liberal (p. 60). Ridículamente armado y ataviado a la griega, en el camino le sucederán curiosas aventuras.

Como puede observarse, su argumento coincide con el *Quijote* en un motivo esencial: la locura del protagonista, fruto de sus lecturas obsesivas; solo que si en Cervantes venía motivada por los libros de caballería, Arias de León ha actualizado el motivo sustituyéndolos por los libros de los pensadores ilustrados. El otro elemento cardinal es su estructura itinerante: la salida del protagonista de su casa y las aventuras que vivirá a lo largo del camino. Su salida viene pro-

piciada, además –y en esto guarda cierta semejanza con la segunda parte del *Quijote*, aunque difiere en los medios concretos–, por sus familiares y amigos, que buscan así la cura del hidalgo. Asimismo, el autor ha marcado su dependencia del modelo cervantino a través de otros numerosos detalles relativos tanto a los personajes, como a los sucesos, según veremos en los apartados siguientes.



2.3. Personajes

El protagonista, según se ha visto ya, es un remedo del hidalgo manchego. Caracterizado, en su caso, como “filósofo de este siglo de luces y liberal” (p. 11) y empeñado en extender las nuevas ideas de libertad, está convencido, como aquel, de que de su salida “ha de sacar gran provecho el género humano” (p. 27) y, sobre todo, de “que habían de resultar grandes beneficios a la humanidad oprimida” (p. 60). Junto a los filósofos de las luces, don Rodrigo tiene otra obsesión: el mundo clásico, sobre todo la civilización griega, cuna de la libertad y de la democracia, y que por ello mantiene un vínculo decisivo con la ideología liberal que él profesa¹⁴. Si don Quijote quería que renaciera el mundo de los libros de caballería, don Rodrigo pretende “hacer que renazcan los siglos de la Grecia, igualmente que sus usos y sus costumbres” (p. 29). Ese mundo constituye el ideal y el espejo en que se mira, hasta el punto de que actúa –o incluso se viste– conforme a aquellos usos y costumbres. De ahí, por ejemplo, el anacronismo ridículo de su

indumentaria. Esta obsesión por lo griego –paralela, insistimos, a la de Alonso Quijano con los de los relatos de caballerías– le será reprochada por su criado Roque: “[...] ¿Todo lo ha de hacer con permiso de esos señores?” (p. 64).

Si su locura no transforma el mundo real –salvo, en parte, en el capítulo cuarto, cuando confunde a los frailes con caballeros templarios– del mismo modo que don Quijote, sí le puede llevar, aunque sea de forma consciente, a recrearlo a través de sus ensoñaciones. Así sucede en el capítulo tercero, cuando transforma la campiña leonesa en la pradera ática, y el camino real a Astorga, en el camino de Maratón a Atenas (p. 70-76). En cualquier caso, al igual que su modelo, se resiste a aceptar la cruda realidad cuando se muestra un indicio claro de que se ha equivocado al iniciar determinadas aventuras. Así ocurre cuando la carta de recomendación de Jacques de Molay para el gran Cadoch (p. 147) se revela como una simple lista de gastos del fraile; o cuando se descubre la realidad sobre el supuesto filósofo ilustrado prisionero en la venta (p. 168-169).

En fin, existen otros rasgos compartidos con el héroe cervantino: Peñadura es un hombre leído y célibe, y aunque no tiene ahora una dama de sus pensamientos en otro tiempo estuvo enamorado “hasta las cachas de una doncella rolliza y morena” (p.107). Esta joven rolliza y morena parece un claro guiño a la Aldonza Lorenzo de la que anduvo enamorado Alonso Quijano.

El criado y escudero del hidalgo, Roque Zambullo, por su parte, es un claro remedo de Sancho Panza. Con él guarda incluso bastante semejanza física:

Contaba unos cuarenta y cinco años; ancho de cara como luna llena, nariz chata, boca grande y rasgada, ojos hundidos y elípticos a lo Árabe, y tan cerrado de barba que tomándola al soslayo, cualquiera creería pasar su mano por un cepillo. La cabeza era completamente redonda y muy parecida a una bola de fuente, colocada sobre un cuello tan corto que no distaban tres dedos los hombros de las quijadas; ancho de espaldas, no menos de pecho, barriga grande y abultada, muslos cortos y recios, pantorrilla gruesa y molluda, y por último pie patagónico (p. 87).

También su etopeya resulta muy similar, puesto que Roque es “sensible de carnes” (p.58), amigo del buen yantar –de “tragón escudero” (p.83) y “glotón escudero” (p.109) lo tilda el novelista– amigo de refranes, que ensarta muchas veces sin oportunidad –y así se lo recriminará su amo¹⁵– y, por último, prevaricador del buen lenguaje, lo que le hace caer en cómicas deformaciones lingüísticas¹⁶.

Además de la pareja protagonista, pueden añadirse otros personajes secundarios que guardan ciertas resonancias cervantinas. Así, si don Quijote “tenía en casa un ama que pasaba de los cuarenta” (I, 1), la de don Rodrigo, de nombre Teodora, era “una criada antigua, la cual contaría unas cincuenta navidades, antes más que menos” (p. 6). Ciertamente no tiene como aquel una sobrina sino un sobrino canónigo en Astorga. Por otro lado, entre sus vecinos se cuenta el joven Rafael, estudiante de Teología en Salamanca y cuyo carácter “era socarrón por naturaleza” (p. 48). En él pueden verse sin duda ciertas concomitancias con el bachiller Sansón Carrasco, si bien difiere de este en la inquina que profesa al hidalgo, motivada por cuestiones ideológicas, ya que es un ferviente absolutista, lo que acabará provocando un divertido enfrentamiento entre ambos. En cambio, el extravagante Pelayo Cigarra, diputado a cortes con el que nuestros héroes se toparán en la cabaña de los pastores, más que “una visión esperpéntica del bachiller Carrasco”, como sugiere Nicolás Miñambres (1988: XV), resulta, tanto por su aspecto como por su edad –“Era un hombre de unos cincuenta años, muy alto y en extremo flaco” (p. 135)– un personaje de rasgos quijotescos.

En fin, la caballería del hidalgo leonés es un “mulo patagónico extraordinariamente flaco” (p. 86), pero al que su amo tiene por alazán o corcel y cuya estirpe no descarta que descienda “por línea recta o del Bucéfalo de Alejandro o del Babieca del Cid” (p. 88). De modo que no resulta difícil ver en él una parodia de Rocinante, el cual a don Quijote “aunque tenía más cuartos que un real y más tachas que el caballo de Gonnela, que *“tantum pellis et ossa fuit”*, le pareció que ni Bucéfalo de Alejandro ni Babieca el del Cid con él se igualaban” (I, 1).

2. 4. Episodios quijotescos

Se pueden señalar igualmente varios episodios imitados del *Quijote*, que vamos a ir examinando siguiendo el orden en que aparecen en la historia leonesa. Así, del mismo modo que en las primeras páginas de su novela Cervantes aludía a las lecturas favoritas del hidalgo manchego, Arias de León se refiere a las del leonés, cuya biblioteca se describe (pp. 12-14), escena que remite, además, al escrutinio de la biblioteca de don Quijote (I, 6).

Más diáfano resulta todavía el episodio del yelmo de Agamenón, narrado en el segundo capítulo. En efecto, Peñadura observa en casa de su vecino don Ruperto una tapa de brasero, en la que se lee una inscripción desgastada por el tiempo, “Agamem” –en realidad, alusiva al apellido Agammensis, el del abuelo de don Ruperto–, pero que el hidalgo, en su locura

obsesiva por el mundo clásico, interpreta como “Agamemnon”. Eso le llevará a arrebatarle a su vecino la tapadera y a huir con ella para esconderla en su casa, convencido de que perteneció al famoso caudillo de los aqueos. Resulta aquí evidente el eco del episodio del yelmo de Mambrino (I, 44). Cuando más adelante don Ruperto reclame a Peñadura la tapa, ante la negativa contumaz de este a reconocer su error –es decir, que es tapa y no yelmo–, le argumentará:

Dejemos ahora la disparatada cuestión de si la cosa robada era yelmo o tapadera, pues lo que hay de cierto en este asunto es que el tapo-yelmo era mío y muy mío, y que no había por qué vengar las cenizas de ese héroe imaginario, y mucho menos volver por la honra de su tapo-almete... (p. 38).

Y unas líneas más adelante volverá a utilizar la palabra “tapo-yelmo” (p. 39), peculiar creación lingüística reverberación del “baciyelmo” acuñado por Sancho cuando don Quijote y el barbero al que le había arrebatado la bacía disputan sobre la naturaleza de esta (I, 44).

Otro claro paralelismo puede observarse en el pasaje en que Peñadura realiza los preparativos para su salida (p. 31-42). Si don Quijote se apresta como caballero andante y toma unas armas oxidadas y una armadura perteneciente a sus antepasados, y a la vez se fabrica otras, nuestro héroe, por su parte, se apareja un traje a la griega y sus correspondientes armas. Como no dispone de las armas y de la vestimenta originales, él mismo las elabora, sustituyéndolas por otros objetos cotidianos: el morrión por el ya citado tapo-yelmo, los borceguíes por unas sandalias franciscanas, las enaguillas por unos calzoncillos extremadamente anchos de piernas y la cota de mallas por una cotilla forrada de seda con unos listones encarnados que habían pertenecido a su abuela, y él mismo, en fin, se fabricará su propia lanza con una horquilla de madera de fresno y la hoja de un cuchillo grande (p. 42); de manera que su aspecto resulta aún más ridículo que el de Alonso Quijano.

La aventura de más clara estirpe cervantina, no obstante, se relata en el cuarto capítulo, cuando el hidalgo leonés ve llegar un carro, en el que, según se sabrá luego, viajan dos frailes y un caballero de Montesa, escoltados por el sobrino de uno de aquellos y tres mozos de labor. Sin embargo, don Rodrigo se figura que aquel coche encierra algún misterio. Y a pesar de que su escudero trata de desengañarle, advirtiéndole de que se trata de gente armada que escolta a viajeros principales, don Rodrigo persiste en su error: “No amigo, replicó el hidalgo, aquí hay gato encerrado, y esto me huele a algún acto de tiranía sin

ejemplo” (p. 91). Y, dispuesto a desentrañar el misterio se dirige de forma amenazante a los viajeros:

¡Deteneos, canalla descomunal y desalmada, que yo juro por la Diosa Minerva que no pasaréis de aquí en ocho días con sus noches, si antes no me declaráis qué causa os obliga a llevar así a estos inocentes ciudadanos, manifestándome igualmente si van presos o detenidos! La respuesta del sobrino y de los mozos fue dar una gran carcajada, conociendo que aquel hombre estaba tocado de la cabeza, y tomando la palabra el trágico le dijo: Señor caballero, siga vuestra merced su camino, y no se meta en averiguar vidas ajenas, que la curiosidad a veces es importuna. No continuaré mi marcha, replicó furioso el hidalgo, si me lo predicasen frailes descalzos: este misterio, se ha de aclarar aquí mismo, o he de perder el nombre de liberal del que tanto me glorío (pp. 92-93)¹⁷.

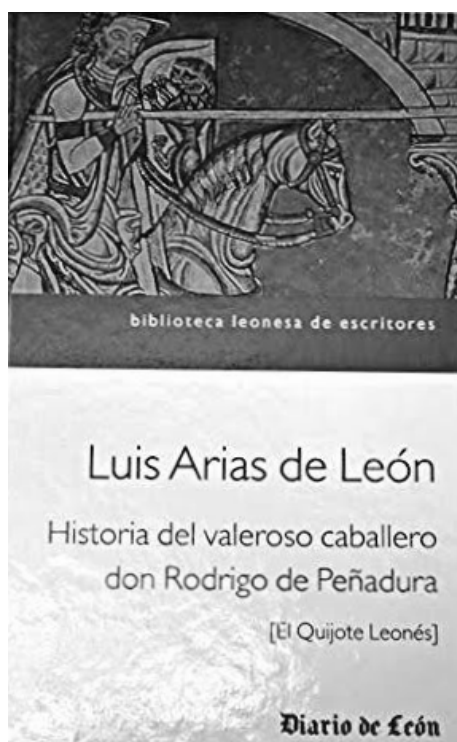
El sobrino, “gran aficionado a recitar tragedias de memoria” (p. 92), ha adivinado el pie del que cojea don Rodrigo y decide continuar la burla recitándole unos versos de *Los templarios* del escritor francés François-Just Marie Raynouard. En consecuencia Peñadura cree que los que van allí son caballeros templarios y que el que los conduce es el malvado “Mariñ” –Marigny–, ministro del rey de Francia Felipe el Hermoso. Los propios frailes tratan de sacarlo de su error. Pero al final todo deriva en una trifulca que termina con amo y escudero apaleados por el sobrino y los mozos, que, dejándolos por muertos, se retiran asustados del lugar. Don Rodrigo interpreta su huida como el reconocimiento de su derrota y, aunque maltrecho, cree haber salido con éxito de la aventura y haber liberado a los caballeros templarios, que por tales han de reconocerse los frailes para poder proseguir su camino:

O generoso Maestre, la batalla ha sido dudosa, pero al fin hemos triunfado de nuestros enemigos. Ya estáis libres de esos satélites de la tiranía, seguid vuestro camino en paz, oh valientes caballeros, y marchad a donde os conduce el destino pío (...). Generoso Caballero, replicó el P. Basilio, nuestro agradecimiento será eterno por tan señalado beneficio. Ved en qué queréis que os sirvamos, que si el servicio pedido está de nuestra parte, con el mayor placer será ejecutado.

Si haré, contestó don Rodrigo; solo exijo de vosotros en reconocimiento del bien recibido, que luego que hayáis descansado dos o tres días en León, a las primeras de cambio toméis el camino de Zaragoza, y presentándoos al inmortal don R. de Gorie, le digáis que el valiente caballero

don Rodrigo de Peñadura, Carbajal y Zúñiga os libertó de Follones y Malandrines en estos campos, volviendo por la honra marchitada de los caballeros del Temple (pp. 99-100).

El lance guarda un evidente parecido con el del vizcaíno en el *Quijote* (I, 8-9), cuando el caballero manchego se encuentra con los frailes de San Benito y el coche de la señora vizcaína y su comitiva. Incluso, como puede observarse, si este, al final, mandaba a la dama que fuera al Toboso a presentarse ante Dulcinea, nuestro hidalgo manda a los frailes a Zaragoza a presentarse ante don R. de Gorie (anagrama del general Rafael del Riego) para darle cuenta de sus hazañas.

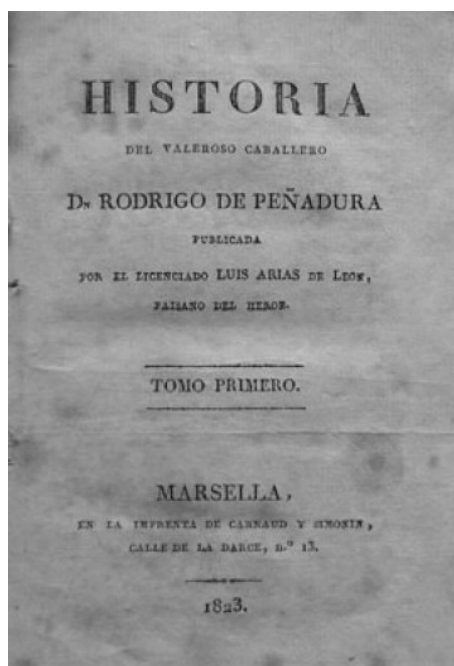


Ya Cotarelo (1900: 18) señaló otros dos pasajes de indudable ascendencia quijotesca. El primero es su estancia en la cabaña de los pastores (capítulos 6-7) que se corresponde con la de don Quijote en la choza de los cabreros (I, 11). Al igual que ocurría allí, don Rodrigo y su escudero llegan al oscurecer a la cabaña y son agasajados por los pastores, uno de los cuales tiene, por cierto, el mismo nombre, Pedro, que otro de los cabreros de Cervantes. Parece que el autor leonés ha querido también remarcar esos paralelismos de forma paródica. De tal manera que, si en Cervantes el pastor Antonio tomaba el rabel para cantar “con muy buena gracia” ante don Quijote el romance de sus amores que le había compuesto su tío el licenciado, Arias de León hace que el pastor Pedro queriendo

mostrar sus habilidades con el rabel cante unas coplas ante don Rodrigo, pero con voz e instrumento tan desafinados que, en su primer intento, el hidalgo ha de taparse los oídos. Y, en la segunda tentativa no puede dejar de hacer un irónico comentario sobre la habilidad del músico observando que “la música es algo monótona, y un tanto desafinada” (p. 111).

Por otra parte, si en aquel episodio don Quijote pronuncia su célebre discurso sobre la edad de oro, don Rodrigo, tras entrar la conversación en cuestiones políticas habla, en lo que parece un paralelismo burlesco, sobre *La Fontana de Oro*, el célebre café de Madrid donde se reunían los liberales, y describe una sesión habitual del mismo. Además, en la cabaña se produce otra interesante escena, pues nuestros pastores disponen de algunos libros – “biblioteca pastoril” (p. 122), la llama el autor–, sobre todo de historia. Don Rodrigo irá tomando cada uno de los volúmenes y comentándolos, en lo que recuerda un tanto el escrutinio de la biblioteca de don Quijote (I, 6)¹⁸.

Por último, el capítulo que cierra de forma abrupta las aventuras de Peñadura transcurre en un mesón, que ostenta el título de “Mesón de la herradura para Damas y Caballeros”. En él se detendrá nuestro héroe y, a causa de un grotesco malentendido, provocará una enorme trifulca en la que, divididos en dos bandos, acabarán participando casi todas las gentes – mesoneros, mozos, arrieros... – que allí se hallan, de modo que “fue tal el nublado de palos que se armó, que parecía que el mesón se venía abajo” (p. 167). Solo la llegada de una compañía de soldados pondrá fin a la refriega. En este pasaje resuena la pendencia de don Quijote con los cuadrilleros en la venta de Juan Palomeque (I, 45) o incluso la pendencia que con anterioridad había provocado Maritornes (I, 16). El propio Arias de León sugerirá, de forma sutil, el parentesco cervantino de la escena mediante el uso de algunos vocablos muy significativos. Así, por ejemplo, al describir el mesón señala que una de sus piezas es “un caramanchón largo y a teja vana, sin otra luz que la que se introducía por un balcón de madera” (p. 151). A este caramanchón se aludirá luego varias veces y esta es curiosamente la palabra con la que termina la novela¹⁹. Esta palabra es un eco del “camaranchón” del que habla Cervantes en el citado episodio de la venta de Juan Palomeque (I, 16). Por si quedara alguna duda del propósito explícito del escritor leonés de prohijar a ese mismo episodio las andanzas de don Rodrigo en el mesón de la Herradura, califica la trifulca de “descomunal batalla” (p. 163), conocida expresión que aparece en el título del capítulo XXXVI del *Quijote*, correspondiente al célebre episodio de los cueros de vino, acaecido también en la venta de Juan Palomeque²⁰.



2. 5. Técnica y estilo

No cabe duda de que Arias de León no solo emula el contenido de la novela cervantina, sino también el estilo y la técnica literaria. En este último aspecto, el humor, la ironía y la parodia constituyen también los recursos fundamentales de su técnica novelística. Buena parte de los ejemplos que se han comentado en el apartado anterior, imitados de los respectivos episodios del *Quijote*, lo ilustran de manera meridiana.

Estas imitaciones paródicas las observamos del mismo modo en el estilo. López Navia señala (2011: 505), por ejemplo, dos pasajes de nuestra historia inspirados en el campanudo estilo con el que don Quijote imagina en el capítulo II, 1 el relato futuro de sus aventuras (“Apenas había el rubicundo Apolo tendido por la faz de la ancha y espaciosa tierra las doradas hebras de sus hermosos cabellos...”):

El dorado horizonte pronosticaba la salida majestuosa del astro luminoso, que vivifica todos los seres de la naturaleza, y la aurora que precede al clarísimo Febo derramaba desde su magnífico carro copiosísimo bálsamo, que llenando los cálices de los innumerables vegetales que cubren la superficie terrestre, difundía en la atmósfera, por el benéfico y dulce aliento de los céfiros, un olor suavísimo cuya fragancia se extendía por las praderas y selvas circunvecinas (p. 67).

Apenas los primeros rayos de la risueña alba habían reflejado en la bóveda celeste, cuando don Rodrigo y su escudero [...] bajaban la pendiente del cerro a tomar el camino real. El aire puro

de la madrugada, impregnado de las partículas heladas de los montes circunvecinos... (p. 144).

Ya hemos tenido ocasiones de mencionar asimismo en el apartado anterior algunos ecos textuales del *Quijote*, tanto en el episodio de los frailes como en el del mesón²¹. Añadamos otros más breves aunque bastante evidentes:

En la ciudad de León vivía *no ha mucho tiempo* un hidalgo de mala muerte, llamado Don Rodrigo de Peñadura (p. 5).

Y bien se ha visto este caso, pues en un convento, de *cuyo nombre no quiero acordarme...* (p. 16).

(...) y salir en compañía de mi escudero Roque a *desfacer tanto entuerto* como ha causado la tiranía, en nuestra patria (p. 35).

O yo me engaño o hacia nosotros se dirige un coche, escoltado por cuatro hombres (p. 90)

(...) os exhorto a que os retiréis, dejando libres a estos caballeros, o de lo contrario tendréis que hacer conmigo *en grande y descomunal batalla* (p. 97).

Pero, cuidado que digas nada de la aventura que corrimos esta tarde; con que así silencio, que *al buen callar le llaman Sancho* (p. 103).

Y todavía podrían aducirse algunos remedos estilísticos más de inequívoco sabor quijotesco tanto del narrador como de los personajes, pero los señalados son ya bastante significativos²².

3. CONCLUSIÓN

Fiel a su propósito de imitar el *Quijote*, el autor de la *Historia del valeroso caballero Don Rodrigo de Peñadura* ha establecido con la novela cervantina numerosos paralelismos –a veces sutiles, en una inteligente búsqueda de la complicidad del lector– tanto en el contenido como en el estilo, lo que revela una lectura atenta del modelo. Y aunque alberga una diáfana intención ideológica, no por ello ha descuidado los aspectos literarios, como suele ser bastante habitual en este género de libros. Y entre otros motivos, por esta fidelidad al modelo cervantino, el resultado artístico no deja de resultar meritorio –así, lo elogian Cotarelo (1900: 17) y Ferreras (1979: 48)–, sobre todo si se tiene además en cuenta el nivel de la novela en esta época²³. Otros méritos deberían añadirse, pero abordarlos sobrepasaría los límites de este trabajo.

Luis Miguel Suárez Martínez
IES Ornia

BIBLIOGRAFÍA

AAVV (1824). *Journal Général de la Littérature de la France*, vingt-septième année, Paris, Imprimerie de Marchand du Breuil.

AAVV (1824). *Bibliographie de la France, ou Journal Général de l'Imprimerie et de la Librairie*. Paris, chez Pillet Ainé.

ARIAS DE LEÓN, L. (1823). *Historia del valeroso caballero Don Rodrigo de Peñadura*. Marsella. Imprenta de Carnaud y Simonin.

ARNABAT MATA, R. (2016). “España se escribe con e de exilio (Cataluña/España, 1808-1848)”, en *Exilios en el mundo contemporáneo: vida y destino*, J. Sánchez Cervelló y A. Reig Tapia (coords.). Tarragona/México D.F., Publicacions Universitat Rovira i Virgili /Universidad Autónoma de la Ciudad de México /SIMO, pp. 95-114.

COTARELO Y MORI, E. (1900). *Discursos leídos ante la Real Academia Española en la recepción pública de D. Emilio Cotarelo y Mori el día 27 de mayo de 1900*. Madrid, Imprenta Ducal.

CRESPO, RAFAEL (1829). *Don Papís de Bobadilla, o sea defensa del cristianismo y crítica de la pseudo-filosofía*. Zaragoza, Polo y Monge.

FERRERAS, J. I. (1973). *Los orígenes de la novela decimonónica. 1800-1830*. Madrid, Taurus.

FERRERAS, J. I. (1979). *Catálogo de novelas y novelistas españoles del siglo XIX*. Madrid, Cátedra.

HIDALGO, D. (1849). *Boletín bibliográfico español y extranjero*, tomo X. Madrid, Imprenta de Reñeses.

HIGHET, G. (1954¹). *La tradición clásica*, 2 vol. México, FCE [3^a reimpresión, 1996].

IRISARRI, A. J. de (1863). *Historia del perínclito Epaminondas del Cauca*. Nueva York, Imp. Hallet.

LÓPEZ NAVIA, S. A. (2011). “La visión conservadora de Don Quijote en las recreaciones de la narrativa hispánica en el siglo XIX. Los rasgos de la filiación cervantina”. En Strosetzki, Ch., *Visiones y revisiones cervantinas: actas selectas del VII Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas*, 2011, p. 495-510.

MIÑAMBRES, N. (1988). “Preliminar”. En Arias de León, L.: *Historia del valeroso caballero Don Rodrigo de Peñadura*. León, Ediciones Leonesas, p. V-XXXVIII.

MIÑAMBRES, N. (2007). “Presentación”. En Arias de León, L.: *Historia del valeroso caballero*

Don Rodrigo de Peñadura. León, Diario de León / Edilesa, p. 7-15.

MUÑOZ Y SOLIVA, T. (1844). *Aventuras de Rústico Di-Mas de Quincoces*. Madrid, Imprenta de José Félix Palacios.

SIMAL DURÁN, J. L. (2011). *Exilio, liberalismo y republicanismo en el mundo atlántico hispano, 1814-1834*, tesis doctoral. Universidad Autónoma de Madrid.

SIÑERIZ, Juan Francisco (1836). *El Quijote del siglo XVIII o historia de la vida y hechos, aventuras y fazañas de Mr. Le-Grand*. Madrid, Imprenta de D. Miguel de Burgos.

¹ Las dos interesantes páginas que le dedicó Emilio Cotarelo en su discurso de ingreso en la Academia (1900) fueron durante casi un siglo el estudio más detenido sobre la novela del que disponíamos. En 1988, Nicolás Miñambres en su prólogo a la edición facsimilar publicada por Edilesa llevaba a cabo un completo análisis de la obra, estudio compendiado luego en las páginas preliminares de una nueva edición que formaba parte de la “Biblioteca Leonesa de Escritores”, colección de quiosco editada también por Edilesa (León, 2007) para *El Diario de León*. Hasta el momento, son las dos únicas ediciones modernas de las que tenemos noticia. Con posterioridad, López Navia (2011) estudiaría los rasgos de filiación cervantina de cuatro novelas del XIX, entre las que se encuentra la de Arias de León.

² Por ejemplo, no se observa una manifiesta familiaridad con las tierras por las que discurren las aventuras del protagonista. Así, no se menciona ningún detalle externo —monumento, calle...— de la ciudad de León, donde vive don Rodrigo, mientras que, en cambio, en el prólogo hay varias referencias más concretas a la ciudad de Burgos (El arco de triunfo de Hernán González, el monasterio de las Huelgas, la estatua del Cid, el Rollo...) donde encuentra el supuesto manuscrito original del libro. Por otra parte, aunque el itinerario del protagonista esté muy bien delimitado —el que lleva de León a Astorga, es decir, no más de nueve leguas—, no hay ninguna precisión más de los lugares por los que pasan nuestros héroes y en los que suceden sus aventuras. De esta manera, al final del relato, ni siquiera sabemos en qué punto del camino se encuentran.

³ “Y habiéndome conocido casualmente, enterado, no sé por quién, de que yo poseía el Muzárabe, pues *había sido beneficiado* en la capilla de los Reyes de Toledo, me entregó sus mamotretos” (p. 3). El número de las páginas de la novela citadas a lo largo de este trabajo remiten siempre a la edición original, aunque modernizamos la ortografía del texto, siguiendo la edición de 2007 (vid. nota 1).

⁴ Sobre esto véase Miñambres (1988: VI-VII). Añádase a las referencias allí indicadas la de Hidalgo, que señala: “Es obra completa, aunque la portada dice: Tomo I” (1849: 166).

⁵ Es el caso, por ejemplo, de *El liberal en Cádiz, o aventuras del abate Zamponi* (Sevilla, Imprenta del Correo Político Mercantil, 1814). Lo mismo ocurre con el *Don Papis de Bobadilla, o sea defensa del cristianismo y crítica de la pseudo-filosofía* de Rafael Crespo, editada en seis volúmenes en Zaragoza (Polo y Monge, 1829), pero de la que existe una primera versión parcial, descubierta por Pedro Álvarez de Miranda, en un tomo I sin continuidad —*Vida y milagros de Don Papis de Bobadilla, filósofo contra viento y marea* (Zaragoza, Imprenta de Andrés Sebastián, 1814)—, mutilada además casi en la cuarta parte del texto y publicada bajo el seudónimo de “El Abate Palominos” (vid. López Navia, 2011: 496 n8).

⁶ Véase *Journal Général de la Littérature de la France*, vingt-septième année, Paris, Imprimerie de Marchand du Breuil, 1824, p. 150; y *Bibliographie de la France, ou Journal général de l'imprimerie et de la librairie*, Paris, chez Pillet Ainé, 1824, p. 149.

⁷ Como señala Arnabat Mata, “A finales de 1822, según los datos del vicecónsul español en Perpiñán, en el departamento de los Pirineos Orientales había entre 4900 y 5000 realistas” (2016: 102-103). Vid. también Juan Luis Simal Durán (2011: 217-223).

⁸ Ferreras, en su catálogo de novelas del XIX, no se muestra taxativo, sin embargo, acerca de la existencia de esta segunda edición, y se limita a señalar lo siguiente: “Parece ser que existe otra edic. de iguales características en Marsella 1824, Impr. Carnaud y Simonin” (1979: 48). Lo cierto es que también algunos ejemplares, como el conservado en la Biblioteca de Castilla y León (signatura: g-41495) lleva fecha de 1824 en la portada, y de 1823 en la portadilla. Puede consultarse en línea en la Biblioteca Digital de Castilla y León (http://bibliotecadigital.jcyl.es/catalogo_imagenes/grupo.cmd?path=10068183).

⁹ No es este el lugar para detenerse en dicha cuestión, pero son de notar las variadas referencias literarias de Arias de León, desde la tradición clásica hasta la literatura más moderna, en la que se incluyen autores extranjeros.

¹⁰ Un análisis comparativo de las características cervantinas de las obras de Rafael Crespo, Juan Francisco Siñeriz, Trifón Muñoz y Arias de León y la *Historia del perinquito Epaminondas del Cauca* (1863) del guatemalteco Antonio J. de Irisarri puede verse en el ya citado trabajo de López Navia (2011).

¹¹ Es posible, dado el juego apócrifo del prólogo, que la alusión a la estancia del escritor (o mejor dicho, y siguiendo su juego, del traductor y editor) como beneficiado en la catedral de Toledo implique un guiño cervantino, pues, como es bien sabido, es en esa ciudad (en concreto, en el Alcalañá), donde el autor cristiano del *Quijote* dice haber encontrado el manuscrito de Cide Hamete Benengeli y donde también el morisco lo traduce al castellano.

¹² Vid. López Navia (2011: 208-209).

¹³ Encontramos tres referencias: “refiere la historia” (p. 31); “Dicen los anales de la ciudad de León” (p. 60); “dicen los anales de León” (p.125). A todo ello hay que añadir su conocimiento personal de los hechos y del protagonista, según se deduce de estas irónicas palabras: “Pero si sucediese, como puede acontecer, que algún señor Diputado en Cortes tratase de hacer una moción en el soberano Congreso, con el objeto de levantar un mausoleo en honor de Peñadura, que en paz descanse, y no pudiese hallar ningún boceto de la tendencia de su macho, fiel compañero de su amo, deseando evitar este trabajo al laborioso escultor, e igualmente a su Señoría, bueno será que los que conocimos al héroe y a su animal, nos encarguemos de hacer los retratos respectivos” (pp. 85-86).

¹⁴ Como señala Highet (1954: 111), para los revolucionarios, esto es, para los liberales exaltados, como nuestro héroe, “En lo político, tanto Grecia y Roma significaron libertad de la opresión y republicanismo”. Véase, para más detalle, el largo capítulo que dedica al estudio de la tradición clásica en lo que él llama la “Era de la Revolución” (1954: 103-207), periodo histórico en el que se ambienta nuestra novela.

¹⁵ “Basta de disparates, amigo Roque, replicó el hidalgo, que yo sí que pudiera aplicar aquel refrán de que das una en el clavo, y ciento en la herradura, el cual viene aquí a propósito, y no esa contradanza que has echado de ellos sin oportunidad, y que vienen tan al caso para la cuestión de que se trata, como una guitarra en un entierro” (p. 89).

¹⁶ He aquí algunas de estas cómicas confusiones: “árabes verdinos” por “árabes beduinos” (p. 43), “Pantaléon” por “Partenón” (p. 81), “Fideos” por “Fidias” (p. 81), y “Consternación” (p.132), “Cuestación” (p. 132), “Conretación” (p. 134) o “Concupiscencia” (p. 134) por “Constitución”, etc.

¹⁷ Como señala López Navia (2011:498) Arias de León parece tomar como modelo la advertencia que don Quijote les hace a los frailes de San Benito, que preceden al coche que transporta a la señora vizcaína que viajaba a Sevilla: “—Gente endiablada y descomunal, dejad luego al punto las altas princesas que en ese coche lleváis forzadas; si no, aparejaos a recibir presta muerte, por justo castigo de vuestras malas obras” (I, 8).

¹⁸ De hecho, es esa la palabra que utilizará precisamente el leonés: “Buen libro es este, continuemos, dijo el hidalgo, nuestro *escrutinio*” (p. 120).

¹⁹ “Hecho el pago convenido, el alcalde se fui al ayuntamiento con su comitiva; los soldados a acostarse, cantando el *Lairon*; los arrieros a las cuabras a cuidar de sus mulos; y nuestros viajeros, después de haber cenado, se subieron al caramanchón” (p. 175).

²⁰ Hacemos notar que todos los episodios imitados se corresponden con la primera parte del *Quijote*. No sabemos si esta circunstancia es casual u obedece a un propósito deliberado de Arias de León, en el caso de que proyectara inicialmente un segundo tomo.

²¹ Vid. *Supra*. p. 10 13 y 14, y sus correspondientes notas.

²² Un sabor cervantino tienen vocablos como “cochinalmente” (p. 51) —construido de forma humorística a partir de asnalmente—, “venteril” (p. 170), “mesonil” (p. 171)...

²³ Sobre la novela del primer tercio del XIX puede consultarse el estudio monográfico de Ferreras (1973).